

**Jota Siroco, *Alquimia*, prólogo de Carmina Bellido, Wrocław, Amazon, 2022, 150 pp.**

Nacido en Guadalajara en 1949, el autor que firma como Jota Siroco ha escrito poesía, teatro y narrativa. En la más reciente de sus obras, *Alquimia*, editada por Amazon, concurren los tres tipos de escritura referidos, y además se efectúan diversos guiños a otros subgéneros artísticos, entre ellos la canción, la música, el teatro y la cinematografía, engastándose asimismo referencias culturales diferenciadas en el transcurso del texto. La obra incluye principalmente la representación de un personaje distinto de él mismo a cargo del sujeto que habla, y se despliega esa representación en forma de relato, a modo de novela, aunque el hablante prefiere calificarla como crónica, la de una transformación no anunciada, y por ende súbita. La obra se inscribe en la secular serie de los libros de metamorfosis, si bien una metamorfosis de la índole que se narra en *Alquimia* no tiene precedentes.

La crónica de esa metamorfosis concreta es la de un cambio de sexo, un cambio no hospitalario y quirúrgico, transexual, sino producido por vía misteriosa, en virtud de la magia alquímica. Ese cambio deviene completo, pues afecta al físico, a la psicología, a las hormonas, y por ende al comportamiento y al modo de expresarse, y en este sentido por supuesto afectando al género gramatical, toda vez que quien cuenta la historia habrá de emplear para contarla la primera persona del discurso en femenino en vez del masculino que usaba con anterioridad. En suma, el protagonista se convertirá en la protagonista, él narrador va a ser la narradora, él será ella en *Alquimia*. Al cabo de la novela, empero, sabemos que lo supuestamente vivido solo fue un sueño delirante, pues si en el decurso del sueño un hombre se vio y se sintió mujer, en la realidad del despertar ese hombre se da cuenta de que nada fue cierto, y que sigue siendo un varón.

La antedicha transformación va poniendo de relieve cómo una mujer deja su pasado atrás, casi en el olvido, y enfatiza el adverbio casi porque no puede desprenderse de su ayer del todo, un ayer que le recuerdan los escenarios por los que transita ahora en clave femenina y que en otro tiempo frecuentó como hombre, extrañándose de que ningún conocido de otros tiempos reconozca en ella a quien fue él. Sin embargo, no le queda otra que adoptar una actitud disponible, y hasta decidida, asumiendo incluso de manera desafiante su nueva realidad sobrevenida y disponiéndose a encararla frente a las desconocidas circunstancias que la esperan, y ante las que carece de experiencia. Todo un mundo incógnito por descubrir y un futuro personal muy incierto al que tomarle el pulso en el día a día y que la pondrá a prueba en diversos lugares, ámbitos y en medio de personas de diferenciado talante, modo de pensar y de comportarse.

Ciertamente no será nada fácil ir viviendo paso a paso una transformación como esa, tan insólita, en la que perdurarán todavía en ella por momentos el hombre que había sido. Este sesgo dota a la novela de la gran originalidad de permitir al autor situarse en la óptica de que una mujer antes inexistente se vaya percatando de transformaciones mentales en abierto contrapunto con quien fue del sexo opuesto. La dificultad sube

de grado si se considera que la protagonista carece de modelo femenino al que imitar para seguirlo o, por el contrario, de ejemplo del que distanciarse para no parecerse mucho ni poco, a fin de construirse un perfil identitario distintivo. Esa falta de una pauta de referencia para conducirse en la vida que la aguarda da pie para que en la novela se vayan ofreciendo una galería de retratos diferenciados de mujer que ha de añadirse a tantas cartografías femeninas como pueblan la narrativa y la poesía española e hispanoamericana desde la literatura moderna.

Sin que quepa en modo alguno la comparación, porque no sería de recibo hacerla, más de un lector podrá acordarse al leer *Alquimia* de que hay obras literarias de gran relieve en las que un espacio considerable es protagonizado por diversos retratos de mujer, y pongo como ejemplo los que se plasman en *La lozana andaluza*, o los que ideó Rubén Darío como cartografía amorosa en su poema "Divagación". Ocurre, sin embargo, que esas mujeres rubendarianas están imaginadas en geografías y culturas diversas del planeta, mientras las del narrador de *La lozana andaluza* las enclavaba sobre todo en el epicentro de una Roma variopinta y lupanaria. La mostración de los varios caracteres femeninos en *Alquimia* tiene como lugar fundamental la ciudad de Madrid, y en este sentido recuerda al Camilo José Cela de *La colmena*, máxime por situarse mayormente en el Madrid de empaque más castizo, aunque con la salvedad de que la tipología exhibida no reviste un espectro vario como el celiano, sino que se circunscribe a un elenco de mujeres.

Se vale mucho Jota Siroco en esta novela de un recurso muy idóneo para desarrollar su asunto, el del monólogo interior, tan adecuado para las autoexploraciones personales y los vaivenes psicológicos. El relato lo sazona, como señalé al principio, con la inserción de versos, a menudo en tono de chanza. La ironía también tiene una función preferente en *Alquimia*. En el comentario de la obra que Carmina Bellido titula "Prólogo para una alquimia caleidoscópica", constan unas palabras que suscribo porque describen con claridad el espectro de escritura del autor, quien a juicio de la prologuista puso en ejercicio en este atractivo relato "una pluma incisiva y tierna, caricaturesca, esperpéntica, humorística, melancólica y tremendamente existencial." (pág. 5).

**José María Balcells Doménech**